

## UNA APROXIMACIÓN BIOÉTICA A LA PASTORAL DE LA SALUD

### A BIOETHICAL APPROACH TO HEALTH MINISTRY

**Gilberto A. Gamboa-Bernal<sup>1</sup>**

Universidad de La Sabana. Colombia

#### **Resumen**

Quien ejerce la pastoral de la salud se pone en contacto con el hombre total pero también con los límites de la condición humana. Es importante reflexionar sobre quién es el hombre y cuáles son esos límites para poder atenderle integralmente. En el presente escrito se recuerdan algunos conceptos que ayudan a observar los límites que el hombre encuentra en su arco existencial desde una “perspectiva de Dios”. Después de hablar de la vida y la muerte, se ofrecen algunas nociones sobre lo que pueda ser la salud y la enfermedad, para luego tratar el tema del dolor y el sufrimiento humanos. Se muestra la importancia de captar esos límites como tarea y como realidades de las que se puede extraer un sentido, que una vez asumido mejore a la persona y se convierte en motor de su existencia. Se concluye apelando a la necesidad de una relación personal con Dios para poder atender adecuadamente las labores que comporta el ejercicio de una Pastoral en salud.

**Palabras clave:** salud, enfermedad, muerte, pastoral sanitaria, sufrimiento.

#### **Abstract**

Who exercises pastoral care is contacted with the total man but also the limits of the human condition. It is important to think about who is the man and what those limits are to assist fully. In this paper some concepts that help observe the limits that man in his existential arc from a “God perspective” memory. After talking about life and death, some notions about what might be health and disease, and then address the issue of human pain and suffering is. The importance of capturing those limits as

<sup>1</sup> Médico psiquiatra. Departamento de Bioética, Facultad de Medicina, Universidad de La Sabana. Colombia. Investigador del Grupo Kheirón Bioética UniSabana. Editor de la revista *Persona y Bioética*. Correo electrónico: gilberto.gamboa@unisabana.edu.co

shown task as realities that can extract meaning, once assumed to improve the person becomes engine of its existence. We conclude by appealing to the need for a personal relationship with God in order to adequately address the work that involves the exercise of a health ministry.

**Keywords:** health, disease, death, health ministry, suffering.

## I. Introducción

El hombre en su devenir biográfico se cruza con realidades que no pocas veces aparecen como misteriosas o carentes de sentido. Cuando esas realidades son contempladas desde una perspectiva intramundana parecerían que ellas chocan frontalmente con el ideal humano de la felicidad completa. Bajo esa óptica las preguntas se quedan sin respuestas, las inquietudes producen parálisis operativas, las dudas no encuentran certezas.

Sin embargo, no es esa la única perspectiva con la que el hombre puede mirar el mundo y mirarse a sí mismo. Esas realidades desvelan su pleno sentido cuando el hombre, levantando la cabeza, las analiza con una perspectiva distinta y más alta, la de Dios.

El hombre se encuentra hoy en una situación muy problemática. Aunque no sea este un rasgo por completo nuevo, pues el hombre ha tenido siempre que afrontar problemas, quizá la situación sea extremadamente difícil, por la mayor cantidad y la interconexión de los problemas que le salen al paso. No cabe duda, se han desencadenado muchas amenazas que en cualquier momento pueden transformarse en catástrofes.

El hombre es un creador de problemas, pero no sólo los produce, también los padece. Sin embargo, él es también el mejor solucionador de ellos cuando juzga con propiedad y rectamente, sin dejar de lado la Ley Eterna y su reflejo que está dentro de él mismo: la ley natural<sup>2</sup>.

Las siguientes reflexiones, entorno de realidades humanas comunes, pretenden dar una luz para juzgarlas desde la perspectiva de Dios. La vida, la muerte, la salud, la enfermedad y el sentido del dolor no han dejado de ser problemas para el hombre actual. La ciencia y la tecnología, con todos sus adelantos, han ayudado a comprenderlos e incluso a manejarlos,

<sup>2</sup> Rm 2, 14-15; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1954 y ss.

pero también se han constituido en nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano<sup>3</sup>. Para integrar adecuadamente estas realidades es absolutamente necesario valorar al hombre en toda su dimensión, para no caer en los múltiples reduccionismos a los que se ve sometido en el momento actual y que llevan siempre anejos delitos y atentados contra el hombre mismo<sup>4</sup>.

## II. Vida y muerte

La vida y la muerte son dos realidades que, en el orden lógico, tienen mucha similitud: poseen la misma causa final, se posan sobre idéntica causa material, aunque se distinguen porque tienen distinta causa formal y diferente causa eficiente. Dios es el principio de la vida<sup>5</sup> y solo Él puede tener la iniciativa de suscitar una nueva vida humana y solo Él puede disponer del momento de su final. No dejamos de empezar a vivir cuando ya comenzamos a morir. En medio del inicio de la vida y el momento de la muerte hay solo un tiempo, que por definición implica movimiento, que todos hemos de aprovechar bien, pues de ello depende nuestro destino eterno. Y ese tiempo, la vida, se llenará de valor si el hombre sabe captar el sentido que tienen sus límites. Nacemos para realizar una misión y morimos para ser remunerados por ello.

Sin embargo, la vida no se acaba con la muerte, sino que se hace más plena después de ella. Entre otras cosas porque el hombre retorna a Quien le dio su acto de ser, a Quien le participó su vida, a Quien entregó su vida por él: “Porque la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacer nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo”<sup>6</sup>.

Pero ¿qué vemos en el mundo? Se ha perdido el sentido de los términos

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, Editrice Vaticana, Vaticano 1995, n.4. (En adelante, *EV*).

<sup>4</sup> CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, BAC, Madrid 1993, n. 27. (En adelante, *GS*).

<sup>5</sup> Gn 1, 26.

<sup>6</sup> J. SOCÍAS (ed.), *Misal Romano Diario. Prefacio de Difuntos*, Midwest Theological Forum, Chicago 1996, 697.

de ese tiempo, se tiene un concepto errado y una experiencia corrompida de la libertad de usarlo. Las consecuencias de esto no son gratuitas. El Magisterio de los últimos pontífices lo muestra con claridad: Juan Pablo II, en la *Evangelium vitae* dice “quien se deja contagiar por esta atmósfera, entra fácilmente en el torbellino de un terrible círculo vicioso: perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre, de su dignidad y de su vida”<sup>7</sup>; y más adelante agrega “estamos en medio de un fascinante campo de batalla donde diariamente se libran combates entre la cultura de la vida y la cultura de la muerte y en él solo cabe la responsabilidad ineludible de elegir incondicionalmente a favor de la vida”<sup>8</sup>. “Pongo delante de ti vida y muerte, bendición o maldición, escoge la vida para que vivas tu y tu descendencia”<sup>9</sup>.

Para Benedicto XVI “realmente, el mundo está en la oscuridad allí donde el hombre no reconoce ya su vínculo con el Creador, poniendo en peligro asimismo su relación con las demás criaturas y con la creación misma. El momento actual está marcado lamentablemente por un profundo malestar y por diversas crisis: económicas, políticas y sociales, que son su expresión dramática”<sup>10</sup>.

El Papa Francisco al inicio de su pontificado exhortaba al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede: “Pero hay otra pobreza. Es la pobreza espiritual de nuestros días, que afecta gravemente también a los países considerados más ricos. Es lo que mi Predecesor, el querido y venerado Papa Benedicto XVI, llama la ‘dictadura del relativismo’, que deja a cada uno como medida de sí mismo y pone en peligro la convivencia entre los hombres”<sup>11</sup>.

El hombre es el vértice de la creación, hecho a imagen y semejanza de Dios<sup>12</sup>, es la criatura que Dios ha querido por sí misma<sup>13</sup>, le dio un cuerpo y

<sup>7</sup> EV 21.

<sup>8</sup> EV 27.

<sup>9</sup> Dt 30, 19.

<sup>10</sup> BENEDICTO XVI, “Discurso al Cuerpo Diplomático (9-I-2012)”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/speeches/2014/january/documents/papa-francesco\\_20140113\\_corpo-diplomatico\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2014/january/documents/papa-francesco_20140113_corpo-diplomatico_sp.html), citado: 28 enero 2014.

<sup>11</sup> FRANCISCO I, “Discurso al Cuerpo Diplomático (22-III-2013)”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/speeches/2013/march/documents/papa-francesco\\_20130322\\_corpo-diplomatico\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2013/march/documents/papa-francesco_20130322_corpo-diplomatico_sp.html), citado: 28 enero 2014.

<sup>12</sup> Gn 1, 26 y 2, 7.

<sup>13</sup> GS 24,3.

un alma espiritual, con razón, conciencia, voluntad y corazón, para conocer la verdad, distinguir la diferencia entre el bien y el mal y también la capacidad de obrar con libertad<sup>14</sup>. Por eso la vida del hombre es sagrada, Dios se la da como un don, con su imagen e impronta, de ahí que sea inviolable, intangible: el quinto mandamiento está en el centro del Decálogo<sup>15</sup>. La vida del hombre, de cada ser humano, desde su inicio hasta su término natural está signada por un halo divino que demanda respeto y protección. Por eso la humanidad y la familia, cada familia, ha de estar siempre abierta a la vida pues “la apertura a la vida es signo de apertura al futuro”<sup>16</sup>.

La vida del hombre pasa por un momento tan traumático como su nacimiento. La muerte es una realidad inexorable que todo ser humano ha de experimentar; tiene muchas dimensiones, lo que hace que carezca de un sentido unitario, es decir, que aun siendo innegable, es difícil pensar lo que ella sea: la muerte es un enigma para el hombre.

La primera dimensión en la que se puede enmarcar la muerte es la biológica. La muerte es un acontecimiento biológico terminal. Esta es la manera como el médico normalmente concibe la muerte, como un evento biológico, y lo hace a través de la observación de una serie de signos. Pero es evidente que la muerte no es solo eso, no es un puro hecho biológico. La sola perspectiva biológica no desvela el enigma de la muerte del hombre.

También la muerte admite una aproximación como fenómeno social; normalmente la muerte tiene lugar dentro de la sociedad y produce un efecto en ésta. Tanto es así que la misma sociedad está preparada para enfrentarse a la muerte valiéndose de una serie de ritos y costumbres que tienen gran variabilidad por la diversidad cultural pero que, sin embargo, en esencia son los mismos.

Otra dimensión de la muerte es la subjetiva<sup>17</sup>. Es diferente la muerte de otros que la propia muerte. La muerte de otro se puede vivir, se puede ser testigo de ella y afecta a quienes han estado de alguna manera relacionados

<sup>14</sup> Si 17,6.

<sup>15</sup> Ex 34, 28; EV 40.

<sup>16</sup> BENEDICTO XVI, “Homilía en la Jornada Nacional de la Familia. Zagreb, Croacia, (5-VI-2011)”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/homilies/2011/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20110605\\_croazia\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2011/documents/hf_ben-xvi_hom_20110605_croazia_sp.html), citado: 26 enero 2014

<sup>17</sup> L. POLO, *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid 2003, 203ss.

con la persona que se va; la propia muerte no se vive sino hasta el momento en que termina la vida biográfica y cuando eso sucede ya no es un hecho social, pues cada uno muere solo.

En el hombre hay un principio inmaterial; por tanto, no todo en el hombre muere aunque muera el cuerpo como tal, pues el hombre no es solo cuerpo sino también alma. Con la muerte se desintegra esa unidad pero el alma, porque es inmortal, no se aniquila. Esto lleva a plantear que la muerte es un tránsito, un paso, pero incompleto pues hay algo que no pasa: el hombre.

Es corriente percibir que es el cuerpo el que muere, pero propiamente no es ni el cuerpo ni el alma las que mueren, es la persona, es el hombre individual. En él es donde se produce esa separación porque alma y cuerpo se pueden separar ya que dicha unión no es suficientemente fuerte o estrecha; si lo fuera, el hombre no moriría. Es importante resaltar que las anteriores afirmaciones no necesitan apoyo en una creencia religiosa para mostrarse verdaderas, tales afirmaciones son puramente racionales o filosóficas. Otra cosa es que estos argumentos racionales se vean confirmados por una creencia religiosa correcta.

En sí misma la muerte es un mal, el mayor mal, pues supone perder el bien más precioso que es la vida. Es también por esto que la experiencia de la muerte es traumática para el hombre, le produce repugnancia y, como se veía, muchas veces trata de ignorarla o no tenerla en cuenta en su proyecto vital.

Recapitulando: si el alma humana es incorruptible e inmortal, la experiencia de la muerte es necesariamente traumática; la persona muere pero su alma sobrevive y esa supervivencia es de alguna manera incompleta e imperfecta. Esto lleva a analizar, con Yepes Stork "la doctrina de la reencarnación, según la cual las almas de los muertos se reencarnan en nuevos cuerpos y en nuevas vidas. Si se analizan las cosas despacio, esta doctrina es racionalmente imposible de aceptar, puesto que el espíritu separado del cuerpo de Fulano sigue siendo el espíritu separado del cuerpo de Fulano, y Fulano no es un espíritu, sino su espíritu con su cuerpo. Solo desde una perspectiva dualista se puede aceptar que Fulano es un espíritu que viaja y que vive en varios cuerpos sucesivamente"<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> R. YEPES-STORK, *Fundamentos de Antropología*, Eunsa, Pamplona 1996, 479.

La manera más razonable de plantear el asunto anterior es como lo hace Tomás de Aquino: “El alma se une naturalmente al cuerpo, porque es esencialmente su forma. Por lo tanto, el estar sin el cuerpo es contra la naturaleza del alma. Y nada contra la naturaleza puede ser perpetuo. Luego el alma no estará separada del cuerpo perpetuamente, es preciso que de nuevo se una al cuerpo, lo cual es resucitar. La inmortalidad, pues, de las almas exige, al parecer, la futura resurrección de los cuerpos”<sup>19</sup>.

### III. Salud y enfermedad

Entramos ahora en otra dimensión del hombre, aquella que justifica la Medicina. El hombre es un ser que puede enfermar. Ante esta realidad, que es común con los animales, el hombre reacciona de un modo peculiar, radicalmente distinto a como lo hacen los irracionales. La historia de las enfermedades humanas es muy larga; la invención del arte médico no es una casualidad, es más antiguo que la ciencia moderna. El hombre ha estado siempre dándole vueltas al problema de la enfermedad y tratando de conjurarlo o de ponerle remedio.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) el siglo pasado se propuso como meta para el año 2000 “Salud para todos”. Es evidente el trabajo que eso ha generado, las campañas que se han hecho, los recursos invertidos en investigación, equipos, tecnología, etc. Pero la realidad mundial muestra cuan lejos estamos de ese objetivo; ya empezamos el siglo XXI y la enfermedad sigue, incluso aparecen nuevas patologías mucho más deletéreas: se hace patente la fragilidad de la salud humana. Entre otras cosas este hecho ha llevado al replanteamiento incluso de la definición de salud<sup>20</sup> como la capacidad de las personas o de las comunidades para adaptarse, para gestionar por sí mismos los desafíos físicos, mentales o sociales que la vida les presenta. Este nuevo enfoque estuvo en la base de la Cumbre de Salud de Luxemburgo en 2012 y del Proyecto Maimónides<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra Gentiles*, BAC, Madrid 1952, T. IV, 79.

<sup>20</sup> M. HUBER ET AL, “Health how should we define it?”, *BMJ* (2011) 343:d4163.

<sup>21</sup> LUXEMBOURG HEALTH SUMMIT, “Conference”, en: <http://www.sommetsante.lu/en/maimonides-project>, citado:12 julio 2013.

Para una aproximación a la realidad del enfermar es necesario hacer algunas precisiones sobre la salud, pues siempre se las ha tomado como contrarias. Es erróneo e insuficiente considerar que la salud es solo la ausencia de enfermedad, o el puro bienestar físico: “En medicina se ha definido la salud como el silencio de los órganos, como un vacío de sonidos corporales que hace que la corporalidad se sienta más ligera y volátil, una realidad muy próxima, pero casi ingrátida. En oposición a la salud, la enfermedad proclama la presencia del cuerpo como una de las formas privilegiadas en que este se nos hace presente, reclamando la atención que casi siempre le hurtamos”<sup>22</sup>. “La salud es un trabajo constante. Salud consiste en la defensa victoriosa, pero sin pausa, de las posibilidades constructivas de la vida frente a su limitación, su hundimiento, su descomposición o finalmente su supresión parcial o total. Así es que cada aliento, cada latido, cada trago, cada comida, tiene también este aspecto de estar al servicio y dirigirse hacia la progresión vital, siempre amenazada”<sup>23</sup>.

Las anteriores definiciones de salud ponen de presente varias cosas. Estar sano requiere mucho trabajo, no es inactividad ni permanecer inerte. Sin embargo, hay personas que al tomarse tan en serio tal tarea ponen a girar su vida en torno a conseguir o a preservar la salud. El afán de “estar en forma” es una de las características del hombre contemporáneo que lo ha llevado a ingeniar ejercicios, dietas, medicamentos, cosméticos, gimnasios, etc., con tal de conseguir el fin propuesto.

La salud va más allá de la opinión que los profesionales del área puedan dar luego de entrevistas, observaciones, exámenes y diagnósticos. La persona ha de “sentirse” bien, “en forma” tanto corporal como psíquicamente. La salud es por lo tanto no solo una condición del cuerpo, sino de la persona entera. Cuando el ser humano enferma no deja de ser persona no pierde su identidad ni su capacidad de respuesta frente a lo que la vida le pone por delante: no deja de ser un “alguien” para convertirse en un “algo”, en una cosa. La unidad psicofísica de la persona determina que cuando enferma se resiente toda ella. La enfermedad no sólo afecta al cuerpo sino a la persona en su totalidad<sup>24</sup>: en cierto modo enferma todo el hombre. Pero también es

<sup>22</sup> A. POLAINO-LORENTE, “Más allá del sufrimiento”, *Atlántida* 15 (1993) 304.

<sup>23</sup> V. VON GEBSTATTEL, *Antropología Médica*, Rialp, Madrid 1966, 457.

<sup>24</sup> Es necesario no tomar esta afirmación al pie de la letra: la dimensión espiritual de la persona, por su naturaleza inmaterial, no puede enfermar, pero la enfermedad



cierto, y la psiquiatría da contundente testimonio de ello, que el origen de la enfermedad muchas veces está en lo más íntimo del alma humana. En la atención del ser humano enfermo no debe nunca perderse de vista esta perspectiva. No basta tratar de curar el órgano o la función lesionada, sino que hay que tratar al hombre como lo que es.

Infelizmente, en el mundo posmoderno la persona es considerada bajo una perspectiva cartesiana; estructurándose la realidad y la verdad desde la propia subjetividad se llega a una fractura entre razón y cuerpo que genera una polarización: considerar que la persona es sólo conciencia (reducción espiritualista) o que es sólo biología (reducción fisicista)<sup>25</sup>.

El enfermar humano actual muchas veces está determinado por la anterior polarización. La persona enferma es considerada como una “cosa” que sufre una avería y hay necesidad de repararla; y si para ello hay que poner cualquier tipo de medios, los profesionales de la salud no escatiman esfuerzos para lograr su objetivo. Así los formaron, bajo esa polarización, y así actúan: considerando a la enfermedad como una enemiga que hay que vencer sin contemplaciones, y sin contemplar a la persona enferma, lo hacen.

Para realzar aún más la necesidad de no admitir el que el ser humano enfermo sea visto bajo la óptica cartesiana, hay que anotar una reflexión que no corresponde aquí desarrollar: no existen enfermedades, lo que existen son personas enfermas.

Otra consecuencia de la polarización arriba mencionada es la tendencia mercantil que ha venido surgiendo como consecuencia de la enfermedad humana. Antes los centros asistenciales tenían como única finalidad el prestar un servicio a la persona enferma y a su familia, ayudando, con ciencia y asistencia, a superar el evento patológico. Ahora la medicina ha adquirido el carácter de negocio, el enfermo pasó a ser cliente, el médico no recibe directamente la retribución justa de su trabajo pues han surgido terceros que se interponen en la relación médico-paciente. Centros médicos, clínicas y hospitales, laboratorios clínicos y centros de diagnóstico son verdaderas empresas para producir dinero. Esto, es obvio, sólo ocurre en el

---

sí que afecta el núcleo personal en el plano de sus manifestaciones: el ánimo, su respuesta afectiva y emocional, su capacidad de razonar y de querer, etc.

<sup>25</sup> L. PASTOR-GARCÍA, *El valor ético de la vida humana*, Universidad de La Sabana, Bogotá 1997, 70.

sector privado. Es muy significativo un graffiti en un hospital de París: “Son más los que viven del cáncer que los que mueren por él”.

La medicina pública o socializada tiene una realidad distinta, aunque los resultados sean similares: el trato al paciente se deteriora, se presenta una especie de cascada que va desde el trato deshumanizado hasta el manejo antihumano de los pacientes. Como la falta de recursos en este sector es siempre una constante los Estados han renunciado a cubrir esta necesidad que directamente les compete, o se establecen sistemas de atención para las clases menos favorecidas pero que son inoperantes o de baja calidad. Son propias de este tipo de atención las largas “colas”; las consultas son largamente diferidas y, cuando por fin se tienen, son fugaces pues el médico ha de ver un determinado número de pacientes por hora; las cirugías electivas son postergadas; la escasez de medicamentos esenciales es casi siempre constante cuando no hay la inexistencia de ellos; los pacientes no pueden elegir a sus médicos tratantes y si reciben una mala atención no tienen capacidad de réplica.

Ante la enfermedad el hombre experimenta su impotencia, sus límites, su finitud. Tal vez por eso el hombre del Antiguo Testamento experimenta la enfermedad pero cara a Dios, a Él se lamenta<sup>26</sup> y a Él le pide su curación<sup>27</sup>.

En el fondo de esta experiencia notamos que hay una rexis, un algo que no acaba de funcionar, algo que la razón –por sí sola– no logra explicar: la enfermedad se puede vincular al pecado y al mal. De ahí la pregunta que los discípulos hacen a Jesús ante el ciego de nacimiento<sup>28</sup>: “¿Quién pecó, este o sus padres?”. Son dos cosas distintas, pero sin duda una consecuencia de la otra.

No se trata de un daño técnico, de una imperfección automática o pasajera, es una herida profunda en la naturaleza humana que lleva a una cuádruple factura: con Dios, con el mismo hombre, con sus semejantes y con las otras cosas creadas<sup>29</sup>. A esta realidad no se le puede cambiar del nombre, ni disminuir o desplazar su responsabilidad personal. La realidad del pecado no se puede desconocer; gran ingenuidad sería no contar con

<sup>26</sup> Sal 38.

<sup>27</sup> Sal 6, 3; Is 38.

<sup>28</sup> Jn 9,2.

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Reconcliatio et Paenitentia*, Editrice Vaticana, Vaticano 1984, n. 16.

ella a la hora de servir al hombre. Ni siquiera las mentes más poderosas, clara y brillantes escapan a ese absurdo del pecado<sup>30</sup>.

La realidad del pecado se manifiesta desde el principio: Adán y Eva solo tenían una posibilidad de desobedecer a Dios y de probar su libertad, y a pesar de sus dones preternaturales, lo hicieron<sup>31</sup>.

Las consecuencias de la primera desobediencia son dramáticas y aún hoy padecemos sus reliquias. Pero Dios no abandona al hombre, al contrario, lo llama<sup>32</sup> y le anuncia misteriosamente un Mesías Redentor<sup>33</sup>, que vencerá el pecado y la muerte y con su victoria proporcionará al hombre bienes mejores que los que el pecado le quitó: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”<sup>34</sup>. Es Dios quien toma la iniciativa: “Yo, el Señor, soy el que sana”<sup>35</sup>. Cuando llega la plenitud de los tiempos, Cristo se apropia de esas palabras y nos enseña la compasión y dedicación por los enfermos. Porque Cristo vino a curar al hombre entero, en su alma y en su cuerpo<sup>36</sup>.

Los Padres de la Iglesia al comentar en un sentido espiritual y alegórico<sup>37</sup>, la parábola del Buen Samaritano<sup>38</sup>, ven en el hombre que baja de Jerusalén a Jericó a Adán y con él a todo el género humano, que al caer en la tentación, comete el pecado, pierde su condición privilegiada de gracia y amistad con Dios y todos sus dones: inmortalidad, santidad, ciencia e impassibilidad, quedando en su alma con las heridas de la malicia, la ignorancia, la debilidad y la concupiscencia. Pero Dios tiene inmediatamente misericordia con el hombre y le promete un Redentor, nacido de una Mujer Virgen, que aplastaría la cabeza de la serpiente. Sólo Cristo puede curar al hombre sus heridas, con la gracia del perdón que nos alcanzó muriendo en la Cruz. Por eso, ni el sacerdote ni el levita del Antiguo Testamento pudieron hacer algo por el hombre herido y aunque lo ven, pasan de largo. Sólo Cristo, el Buen Samaritano, restaña las heridas con aceite y vino, lo venda,

<sup>30</sup> P. JOHNSON, *Intelectuales*, Vergara, Buenos Aires 2000.

<sup>31</sup> Gn 3.

<sup>32</sup> Gn 3,9.

<sup>33</sup> Gn 3,15.

<sup>34</sup> Rm 5, 20.

<sup>35</sup> Ex 15, 26.

<sup>36</sup> Mc 2, 1-12.

<sup>37</sup> A. PRONZATTO, *Las parábolas de Jesús en el Evangelio de Lucas*, Sígueme, Salamanca 2006.

<sup>38</sup> Lc 10, 30.

lo conduce al mesón y cuida de él. Ese aceite, ese vino y esas vendas son los Sacramentos de Cristo confiados a su Iglesia. Al final de la parábola, una vez explicado al fariseo quién es el prójimo, Cristo le dice –a él y a nosotros– “Pues anda y haz tu otro tanto”, para que prodiguemos esa misma misericordia con el prójimo. Y a sus mismos Apóstoles les da el mandato y la capacidad de curar: “Sanad enfermos”<sup>39</sup>, también –y sobre todo– enfermos del alma<sup>40</sup>.

Cerca de un tercio del Evangelio se ocupa de las curaciones obradas por Jesús durante el breve tiempo de su vida pública. Es imposible eliminar estos milagros o darles una explicación natural sin desmembrar todo el Evangelio y hacerlo incomprensible. (...). Jesús no es el único que sana, sino que ordena a sus apóstoles hacer lo mismo detrás de Él: ‘Les envió a anunciar el Reino de Dios y a curar a los enfermos’ (Lc 9,2); ‘Predicad que el reino de los cielos está cerca. Curad a los enfermos’ (Mt 10,7 s.). Encontramos siempre las dos cosas a la vez: predicar el Evangelio y curar a los enfermos. El hombre tiene dos medios para intentar superar sus enfermedades: la naturaleza y la gracia. Naturaleza indica la inteligencia, la ciencia, la medicina, la técnica; gracia indica el recurso directo a Dios, a través de la fe, la oración y los sacramentos. Estos últimos son los medios que la Iglesia tiene a disposición para ‘curar a los enfermos’<sup>41</sup>.

Tomemos ahora la parábola de los Talentos<sup>42</sup>. El dueño entrega unos talentos a sus obreros, a cada uno según su capacidad y les dice: “Negociad mientras vuelvo”. Los talentos son dones, oportunidades que Dios ofrece a los hombres para iluminar el camino que Él nos ha mostrado. La enfermedad y la salud son talentos que hay que aprovechar y enseñar a aprovechar, no se pueden enterrar. Tanto la salud como la enfermedad son realidades santificantes, santificables y santificadoras.

<sup>39</sup> Mt 10,8.

<sup>40</sup> Jn 20,23.

<sup>41</sup> R. CANTALAMESSA, “Cristo redimió también el sufrimiento y la muerte. Homilía para el tercer Domingo del Tiempo Ordinario”, 26-I-2014, en: <http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=33563>, Citado: 27 enero 2014.

<sup>42</sup> Mt 25,14.

#### IV. Sentido del dolor

Hay necesidad de profundizar un poco más en algunas de las consecuencias de la enfermedad: el dolor y el sufrimiento. Estas dos realidades no son completamente sinónimas y se pueden dar en la vida del hombre con independencia de la enfermedad.

En primer término hay que tener presente que se trata de realidades que acompañan la vida del hombre desde su nacimiento influyendo profundamente en su desarrollo y conformación, y que solo concluyen después de la muerte. Estas dos realidades son inevitables en la vida humana y, sin embargo, el hombre trata de desvincularse de ellas censurándolas, rechazándolas como inútiles y, en muchos casos, evitándolas siempre por cualquier medio y en toda circunstancia ya que son consideradas, sobre todo en el momento actual, como males tremendos.

Tanto el dolor como el sufrimiento producen cambios en el ser personal pues, de alguna manera, radicalizan las actitudes del hombre; frente a estas realidades la persona, o se hace mejor o se deshumaniza. Pero hay necesidad de hacer algunas distinciones entre dolor y sufrimiento para lograr un acercamiento más cabal a ellos, a fin de tratar de entender su por qué y su para qué.

El dolor hace referencia al orden de lo somático, de lo orgánico: es una sensación desagradable producida por estímulos de carácter perjudicial, es un signo que indica que en el orden fisiológico se está perdiendo la armonía, es una "protesta del organismo". El sufrimiento tiene otras características, aunque en algunas ocasiones tiene su origen en el dolor físico: es más interior, más psíquico, está en relación con otros factores (personalidad, capacidad de respuesta frente a las contingencias de la vida, carácter, tono vital y espiritual de la persona, con los sentidos internos); el sufrimiento es la experiencia personal que suscita un evento que contraviene o contraría la tendencia natural del hombre al bien, a la felicidad; la experiencia dolorosa es mucho más compleja que la sensación de dolor. "El sufrimiento es algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y más profundamente enraizado en la humanidad misma; el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera duele el cuerpo, mientras que el sufrimiento moral es dolor del alma. Se trata, en efecto, del dolor de tipo espiritual, y no sólo de la dimensión psíquica del dolor que acompaña tanto al sufrimiento

moral como al físico<sup>43</sup>. El sufrimiento surge cuando el hombre interioriza tanto el dolor físico como aquello que se opone a su bien o a su felicidad.

Las líneas que siguen versarán preferentemente sobre el sufrimiento humano, dejando de lado la realidad fisiológica del dolor pero retomando sus consecuencias para el ser personal del hombre, y así tratar de encontrar el sentido antropológico del sufrimiento.

La primera pregunta que surge en torno al sufrimiento es su “porqué”. Como se ha dicho, el sufrimiento es una realidad que la experiencia manifiesta a diario; sería necio negar el sufrimiento humano, es una realidad que el hombre enfrenta, pero la causa de su existencia está envuelta en el misterio, principalmente cuando se ve esa realidad encarnada en una persona inocente e indefensa. Sólo con el tiempo se puede llegar a tratar de desentrañar su causa, aunque en ocasiones muchas personas nunca lleguen a ello.

La respuesta al “porqué” del sufrimiento es sencilla, pero por lo mismo difícil de asimilar: el hombre sufre porque además de ser viviente, sabe que lo es; pero no solo esto, el hombre sufre principalmente porque tiene corazón<sup>44</sup>. El sentido del sufrimiento es un poco más intrincado que su causa. Y si se decía que algunas personas no llegan a entender el “porqué” del sufrimiento, muchas más no pueden encontrar respuesta al “para qué”. ¿Qué sentido puede tener el sufrimiento humano?

El ambiente actual no ve ningún sentido, significado o valor al sufrimiento del hombre; el enrarecido concepto de “calidad de vida”<sup>45</sup> lo excluye de plano como un verdadero mal, que hay que evitar a toda costa o eliminar cuando se presenta<sup>46</sup>.

Es un hecho que el hombre reacciona al sufrimiento con la natural tendencia a rechazarlo, pero no porque necesariamente lo considere un mal en sí mismo, sino porque el sufrimiento contradice la vocación radical del

<sup>43</sup> JUAN PABLO II, *Carta apostólica Salvifici doloris*, Editrice Vaticana, Vaticano 1984, n. 5. (En adelante, SD)

<sup>44</sup> D. VON HILDEBRAND, *El corazón*, Palabra, Madrid 2009, 55.

<sup>45</sup> La calidad de vida, correctamente entendida, lejos de desestimar el sufrimiento lo considera como una realidad que es casi siempre susceptible de contribuir al crecimiento integral de la persona. Al sufrir, la persona no ve mermada la calidad de su vida, antes por el contrario, le puede encontrar sentido.

<sup>46</sup> EV 3.

hombre a la felicidad. Esto tampoco quiere decir que el sufrimiento sea antihumano, o inhumano y mucho menos antinatural. Simplemente es una manifestación más de que el hombre está llamado a realizar su propia naturaleza y reacciona cuando esto se le dificulta o se le impide. Es en este sentido, en el plano ético, como el sufrimiento puede ser valorado como bueno: el criterio de bondad o maldad depende de la relación a la perfección de la naturaleza y al cumplimiento de los fines.

Una buena y positiva manera de ver el sufrimiento referido a la persona humana es considerarlo como una posibilidad; la decisión de “aprovecharlo” está en el interior y depende directísimamente del grado de comprensión que la persona tenga de su potencialidad de perfección. También influye, aunque menos, el grado de equilibrio psicoafectivo que la persona posea y su capacidad de manifestarlo. Ante el sufrimiento el hombre puede decidir encerrarse en sí mismo o darse con generosidad; puede contraerse sobre su instinto o abrirse al mejor conocimiento de sus limitaciones existenciales y de sus recursos espirituales; puede revelarse ante su destino o reorientarlo y conducirse a su verdadero y trascendente fin; puede hacerse la criatura más desdichada o alcanzar la felicidad por un camino solo en apariencia heterodoxo. “Una respuesta afectiva —y el sufrimiento lo es— nunca puede surgir por una simple causación, sino por una motivación”<sup>47</sup>. Esto quiere decir que el sufrimiento no depende tanto de las circunstancias externas a la persona, cuanto de su estructura interior y de la manera como el núcleo personal reacciona ante tales circunstancias, de la capacidad de la persona para encontrar el sentido a ese sufrimiento porque se le ha dado un motivo.

Lo anterior se explica mejor con una anécdota que Viktor Frankl<sup>48</sup> refiere de su vida profesional: llega a su consulta psiquiátrica un colega suyo quien recientemente ha quedado viudo y se encuentra desesperado; como su paciente no es una persona creyente el terapeuta no apela a argumentos sobrenaturales para ofrecer el consuelo que su culto colega necesita. Sólo se le ocurre preguntar:

—¿Usted amaba mucho a su esposa?

—Mucho —le contesta—; esa es la razón de mi desesperación.

<sup>47</sup> D. VON HILDEBRAND, *El corazón*, 66.

<sup>48</sup> V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Madrid 2004, 111.

De nuevo le pregunta –si usted hubiera muerto en lugar de ella, ahora sería su esposa la que estaría sufriendo ¿verdad?

–Sin duda –responde el médico–.

–Pues alégrese, doctor, porque está usted ahorrando un gran dolor a su mujer.

El desconcierto inicial dio paso a una reacción positiva: aquel hombre había encontrado un motivo para su sufrimiento.

El sentido del sufrimiento humano puede encerrar muchas propuestas:

–Para una persona que está en formación el sufrimiento es un factor importante. Nadie puede negar la importancia de la obediencia, de la disciplina, de corregir los defectos, de no dar todo lo que el apetito demanda, etc.<sup>49</sup>; estas tareas implican necesariamente un grado mayor o menor de sufrimiento para la persona que se está formando, pero que es indispensable para la adquisición de las virtudes o para desterrar los vicios.

–A través del sufrimiento la persona realza su existencia humana, puede despertar a la dimensión espiritual o profundizar en ella.

–La persona que sufre puede descubrir y palpar con claridad su condición humana con las limitaciones propias de ella, su dependencia, sus problemas más existenciales, su radical carácter “creatural”.

–Pero también puede darse cuenta que es capaz de retos grandes, de su capacidad de superación, de sus potencialidades tal vez dormidas y vírgenes, o de los prejuicios que impedían su desarrollo pleno.

–El sufrimiento ayuda a trascender, mejora la creatividad, fortalece la esperanza. Une a las personas y facilita su comprensión mutua; quien sufre, o ha sufrido, comprende mucho mejor a los demás.

–El sufrimiento facilita el despegarse de las cosas, el trascender el plano del tener para desplegar en el plano del ser.

La perspectiva humana permite ver el sentido del sufrimiento en los anteriores considerandos; pero esta no es la única perspectiva vital del ser humano, y esto han de tenerlo siempre presente los agentes de la salud y de la pastoral de la salud que, por razón de su trabajo, sirven a sus semejantes dolientes.

<sup>49</sup> F. COROMINAS, *Educación hoy*, Palabra, Madrid. 2004, 206.



La perspectiva trascendente aporta una luz, y muy potente, para encontrar el sentido al sufrimiento. Los cristianos saben, con la seguridad que da la fe, que el sufrimiento es consecuencia del pecado y de la culpa, y sin embargo no es una realidad privada de sentido (aunque a veces cueste trabajo entenderlo); el creyente sabe que el sufrimiento es una prueba, a veces sumamente dura, mediante la cual el hombre se puede identificar mejor con el Hijo de Dios, que se hizo hombre para salvar al hombre y que inmolándose en una cruz a la vez que redimió al hombre, ennobleció el sufrimiento. “El cristiano sabe que después del pecado original, la historia humana es siempre un riesgo. Pero también sabe que Dios mismo ha querido entrar en nuestro dolor, experimentar nuestra angustia, pasar por la agonía del espíritu y el desgarramiento del cuerpo. La fe en Cristo no suprime el sufrimiento pero lo ilumina, lo eleva, lo purifica, lo sublima, lo vuelve válido para la eternidad”<sup>50</sup>.

Sólo en Cristo se descubre todo el sentido que tiene el sufrimiento. “Venid a Mi todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de Mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es blando y mi carga ligera”<sup>51</sup>.

Juan Pablo II, comentando estas palabras del Evangelio, dice que ellas: “no tienen la fuerza de curar, no libran del sufrimiento, pero tienen una fuerza evidente. Son una llamada a ser un hombre nuevo, a ser semejantes a Cristo, para encontrar en esa semejanza, a través de la gracia, todo el bien interior en lo que por sí mismo es un mal que hace sufrir, que limita, que quizá humilla y causa malestar. Cristo, que dice al pobre que sufre “Ven y sígueme” es el mismo Cristo que sufre, el Cristo de Getsemaní, Cristo flagelado, Cristo coronado de espinas caminando con la Cruz, Cristo en la Cruz. Es el mismo Cristo que bebió hasta el fondo el sufrimiento humano”<sup>52</sup>. No conviene olvidar este sentido del sufrimiento ya que muchas veces, la ex-

<sup>50</sup> JUAN PABLO II, “Alocución a la peregrinación comunitaria y oficial de la archidiócesis de Nápoles 24-III-79”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/speeches/1979/march/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19790324\\_arcidiocesi-napoli\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1979/march/documents/hf_jp-ii_spe_19790324_arcidiocesi-napoli_sp.html), citado: 21 febrero 2013

<sup>51</sup> Mt. 11, 29.

<sup>52</sup> SD 31.

perencia lo demuestra, es el único camino que hace llevadero el dolor, que permite no sólo soportarlo sino sobre todo aceptarlo y con ello hacerlo más humano y valioso tanto para la persona que lo padece como para sus familiares, amigos y personal sanitario.

Nos sirve otro texto del psicólogo y psiquiatra vienés V. Frankl, quien en su propia vida palpó y padeció el sufrimiento (estuvo prisionero en un campo de concentración en la II Guerra Mundial): “Intentemos ahora dar una respuesta a la pregunta de por qué el sentido que el sufrimiento ofrece al hombre es el más elevado de cuantos podemos imaginar. Pues bien, ello se debe a que los valores de actitud demuestran ser más excelentes que los valores creadores y vivenciales, en cuanto que el sentido del sufrimiento es superior, dimensionalmente considerado, al sentido del trabajo y al sentido del amor. ¿Por qué? Partamos de la afirmación de que el *homo sapiens* puede articularse en el *homo faber*, que llena su sentido existencial mediante sus creaciones, en el *homo amans*, que enriquece el sentido de su vida a través de la experiencia, el encuentro y el amor, y el *homo patiens*, el hombre que presta el “servicio”, el “rendimiento” de sus padecimientos. El *homo faber* es lo que solemos llamar una persona triunfante, un hombre que cosecha éxitos. Para él, solo hay dos categorías y solo en ellas piensa: triunfo o fracaso. Su vida se mueve entre estos dos extremos, en la línea de una ética del éxito. Pero para el *homo patiens* las cosas son diferentes: sus categorías no son éxito o fracaso, sino cumplimiento o desesperación”. “En virtud de ese par de categorías, el *homo patiens* adopta una posición vertical respecto de la línea de ética del éxito. El cumplimiento y la desesperación se insertan, efectivamente, en otra dimensión. De esta diferencia dimensional se deriva también una superioridad igualmente dimensional, porque el *homo patiens* puede realizarse incluso en el más estrepitoso fracaso. La experiencia enseña que son perfectamente compatibles el cumplimiento y el fracaso y, por el lado opuesto, el éxito y la desesperación. Pero esto no debe entenderse únicamente desde la diferencia dimensional de los dos pares de categorías. Por supuesto, si introyectamos el triunfo del *homo patiens*, su cumplimiento del sentido y su autorrealización en el sufrimiento, en la línea de la ética del éxito, entonces habría que reproducirlo, sobre la base de la diferencia dimensional, con trazos puntuales, es decir, parece-

ría una nada, se impondría como un absurdo. O dicho de otra forma: a los ojos del *homo faber*, el triunfo del *homo patiens* es necedad y escándalo”<sup>53</sup>.

La realidad del sufrimiento es inevitable y, sin embargo, el hombre actual trata de desvincularse de ella censurándola, rechazándola como inútil y en muchos casos evitándola siempre con cualquier medio y en toda circunstancia ya que la considera como un mal tremendo<sup>54</sup>.

La fe nos enseña que el sufrimiento, como la muerte, entró al mundo por el pecado<sup>55</sup>. Pero también nos enseña que Dios mismo se encarnó para reparar esa ofensa infinita y tomó sobre sí el peso de nuestras culpas, inmólandose en la Cruz. Desde ese momento el sufrimiento se ha ennoblecido. Ya no es solo un castigo, sino un acto que, en la Persona de Jesucristo, tiene un valor infinito de redención; ya es un hecho rebosante de sentido. La divinización del dolor la realiza Cristo. Los cristianos no podemos olvidar que la Cruz –antes instrumento de tortura y de suplicio– no es ya la cruz a secas, sino la Santa Cruz, el madero que recibió el cuerpo del Dios-Hombre, no es ya un simple patíbulo, sino el símbolo de la victoria de Cristo sobre el dolor y la muerte, el camino del Reino de los Cielos. Es el sendero estrecho, la puerta angosta que lleva a la vida eterna.

El hombre, aceptando el sufrimiento, más aún, amándolo, se hace más hijo de Dios, puesto que se identifica con Jesús de una manera plena, quien escogió el camino del sufrimiento como vía redentora y santificadora. “Este es el sentido del sufrimiento, verdaderamente sobrenatural y a la vez humano. Es sobrenatural porque se arraiga en el misterio de la Redención del mundo y es también profundamente humano, porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión”<sup>56</sup>. “El poder de Dios no se manifiesta sólo de una manera –eliminando el mal, curando físicamente–, sino también dando la capacidad, y a veces hasta el gozo, de llevar la propia cruz con Cristo y completar lo que falta a sus padecimientos. Cristo redimió también el sufrimiento y la muerte: ya no es signo del pecado, participación en la culpa de Adán, sino instrumento de redención”<sup>57</sup>. El sufrimiento, en fin, cambia la persona

<sup>53</sup> V. FRANKL, *Ante el vacío existencial*, Herder, Madrid 2003, 95ss.

<sup>54</sup> EV 23.

<sup>55</sup> Rm 5, 12.

<sup>56</sup> SD 31.

<sup>57</sup> R. CANTALAMESSA, “Cristo redimió...”

porque de alguna manera radicaliza sus actitudes: luego de él, e incluso en medio de él, se puede ser o muy santo o muy desgraciado.

## V. Responsabilidad personal

¿Quién es el que vive o muere, el que sana o enferma? ¿Quién es el que sufre? Es el hombre. Y en la medida que tengamos una verdadera concepción suya, sólo cuando sepamos responder adecuadamente a la pregunta ¿quién es el hombre?, seremos capaces de aproximarnos a él y tratarle según su propia dignidad.

La clave que permite desentrañar el misterio del hombre es el misterio de Cristo, que se hace Hombre, que asume la condición humana –menos en el pecado– y la eleva, porque es “*perfectus Deo, perfectus Homo*”, perfecto Dios y perfecto Hombre.

Qué aplicables son aquí las palabras de León Bloy refiriéndose a los médicos, pero que pueden ser extensivas a todos: “Los médicos no sabéis lo que representáis, porque desconocéis la materia sobre la que trabajáis. Pensáis que os modernos inventos o descubrimientos y los deslumbrantes progresos de la ciencia médica en estos tiempos, bastan para engrandeceros, lo cual es una estupidez, pues no es la modernidad sino la antigüedad la que da trascendencia a vuestra profesión. Los médicos son importantes no por los descubrimientos del siglo XX, sino por un descubrimiento del siglo I: lo que el Arcángel Gabriel anunció en Nazaret, lo que los pastores hallaron en un pesebre y los Magos adoraron en un establo es lo que da grandeza a vuestra profesión”<sup>58</sup>. Qué cuestionamiento más profundo para los que trabajamos con los hombres y para los hombres. Y como el sacerdote es médico de almas, también es aplicable a él.

El trabajo ha de ser hecho con sentido vocacional, esa vocación ha de ser el alma que informe nuestra actividad. Parecería una perogrullada decir que el trabajo del sacerdote ha de ser verdaderamente sacerdotal, pero hay que insistir en este punto: el trabajo de un sacerdote ha de estar informado por su vocación que es la de servir de puente entre Dios y los hombres por

<sup>58</sup> M. RAYMOND, *Un trapense grita: Ayudad al éxito de Dios*, Studium, Madrid 1956, 9.

el sacramento del Orden. De ahí la necesidad de conocer muy bien las ciencias teológicas, apoyadas en una sana y profunda filosofía, pero sin dejar de lado el conocimiento que, del hombre, aporta la antropología cristiana. Y todo esto sobre la base de una profunda vida interior, ya que no importa solo conocer a Dios sino principalmente tratarlo, para poder amarlo en el prójimo y desde el prójimo.

Es necesario por tanto tener densidad espiritual, para no dejarse engañar en la interpretación del mundo. No nos dejaremos engañar si nuestra hermenéutica de todas las cosas pasa a través de Cristo. Si la fe es débil, si no es operativa, la distracción en esa interpretación será grande. Si la esperanza es frágil, desesperaremos ante las consecuencias de esa interpretación. Si la caridad es apagada, nos veremos impotentes ante la magnífica y maravillosa tarea de ser testimonio en nuestro tiempo –hoy y ahora– de un Dios que quiere nuestra salud, nuestra salvación, nuestra santidad. Si no quemamos con el fuego de nuestra caridad, o al menos levantamos la temperatura espiritual de quienes nos rodean, habremos renunciado a la tarea personal que Dios nos ha encomendado, habremos abdicado de nuestra vocación, cualquiera que ella sea. “A quien hace lo que puede, Dios no le niega su gracia”. Consoladoras palabras, pero hay que hacer lo que se puede. Muchas veces hacemos no como podemos, sino como queremos. Y ¿cómo queremos? A veces con nuestra comodidad, con nuestra pereza práctica y también intelectual; queremos con nuestra indiferencia, con nuestra voluntad raquítica; queremos con el fardo de nuestras miserias.

Y resulta que podemos, sólo si nos apoyamos firmemente en Dios, en esa gracia que permanentemente nos dispensa, incluso muchas veces sin darnos apenas cuenta. Podemos como queremos y cuando queremos, solo si lo hacemos con el querer de Dios, con la fuerza de su Corazón misericordioso. “El mundo de la salud, en sus múltiples expresiones, ha ocupado siempre un lugar privilegiado en la acción caritativa de la Iglesia (Cfr. *Lumen Gentium*, n. 8). La comunidad cristiana anuncia la buena nueva de la salvación cuando opta por la vida y alimenta la esperanza de la construcción de un mundo más humano”<sup>59</sup>. Pero la Iglesia y la comunidad cristiana

<sup>59</sup> CELAM, *Documento sobre Pastoral de la Salud*, Publicaciones CELAM, Bogotá 1994, n.52.

está formada por personas, por nosotros, y cada uno tiene una responsabilidad personal que no puede, ni debe eludir.

## Bibliografía

- AAVV., *Catecismo de la Iglesia Católica*, Conferencia Episcopal de Colombia, Bogotá 2005.
- BENEDICTO XVI, “Discurso al Cuerpo Diplomático, 9-I-2012”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/speeches/2014/january/documents/papa-francesco\\_20140113\\_corpo-diplomatico\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2014/january/documents/papa-francesco_20140113_corpo-diplomatico_sp.html),
- \_\_\_\_\_, “Homilía en la Jornada Nacional de la Familia. Zagreb, Croacia, 5-VI-2011”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/homilies/2011/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20110605\\_croazia\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2011/documents/hf_ben-xvi_hom_20110605_croazia_sp.html)
- CANTALAMESSA, R. “Cristo redimió también el sufrimiento y la muerte. Homilía para el tercer Domingo del Tiempo Ordinario”, en: <http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=33563>
- CELAM, *Documento sobre Pastoral de la Salud*, Publicaciones CELAM, Bogotá 1994.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, BAC, Madrid 1993.
- COROMINAS, F., *Educación hoy*, Palabra, Madrid. 2004.
- FRANCISCO I, “Discurso al Cuerpo Diplomático, 22-III-2013”, en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/speeches/2013/march/documents/papa-francesco\\_20130322\\_corpo-diplomatico\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2013/march/documents/papa-francesco_20130322_corpo-diplomatico_sp.html)
- FRANKL, V., *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Madrid 2004.
- \_\_\_\_\_, *Ante el vacío existencial*, Herder, Madrid 2003.
- HUBER, M. ET AL., “Health how should we define it?” *BMJ* (2011).
- JOHNSON, P., *Intelectuales*, Vergara, Buenos Aires 2000.
- JUAN PABLO II, “Alocución a la peregrinación comunitaria y oficial de la archidiócesis de Nápoles, 24-III-79” en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/speeches/1979/march/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19790324\\_archidiocesi-napoli\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1979/march/documents/hf_jp-ii_spe_19790324_archidiocesi-napoli_sp.html)
- \_\_\_\_\_, *Carta apostólica Salvifici doloris*, Editrice Vaticana, Vaticano 1984.
- \_\_\_\_\_, *Carta Encíclica Evangelium vitae*, Editrice Vaticana, Vaticano 1995.
- \_\_\_\_\_, *Exhortación apostólica Reconciliatio et Paenitentia*, Editrice Vaticana, Vaticano 1984.

- LUXEMBOURG HEALTH SUMMIT, "Conference", en: <http://www.sommetsante.lu/en/maimonides-project>
- PASTOR-GARCÍA, L., *El valor ético de la vida humana*, Universidad de La Sabana, Bogotá 1997.
- POLAINO-LORENTE, A., "Más allá del sufrimiento", *Atlántida* 15 (1993).
- POLO, L., *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid 2003
- PROZATTO, A., *Las parábolas de Jesús en el Evangelio de Lucas*, Sígueme, Salamanca 2006.
- RAYMOND, M., *Un trapense grita: Ayudad al éxito de Dios*, Studium, Madrid 1956.
- SOCIAS, J. (ed.), *Misal Romano Diario*. Prefacio de Difuntos, Midwest Theological Forum, Chicago 1996.
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra Gentiles*, BAC, Madrid 1952.
- VON GEBSTATTEL, F., *Antropología Médica*, Rialp, Madrid 1966.
- VON HILDEBRAND, D., *El corazón*, Palabra, Madrid 2009.
- YEPES-STORK, R., *Fundamentos de Antropología*, Eunsa, Pamplona 1996.

Artículo recibido el 24 de marzo de 2015

Artículo aceptado el 25 de julio de 2015